*CPEM Nº 46*

*Lengua y Literatura 1º “A” “B” “C” y “D”*

*Profesoras: Mabel Gonzalez y*

*Marcia Berlanda*

Las actividades que están a continuación serán revisadas en clase. Lo primero que tienen que hacer es leer los cuentos de Saki que se anexan al final del cuadernillo y luego, realizar las consignas.

1. Elabora un cuadro en el que indiques cuál es el narrador de cada uno de los cuentos, ejemplificar con una cita y además mencionar en una palabra o dos cuál es el tema que predomina en cada relato. El primer cuento va como ejemplo.

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
| Cuento | Narrador | Cita textual | tema |
| “El ratón” | Tercera persona, omnisciente. | “La imaginación nerviosa de Teodoric le hizo sentir…” | Nervios excesivos  Miedo  Etc. |
| “El cuentista” |  |  |  |
| “Tobermory” |  |  |  |
| “La penitencia” |  |  |  |

1. “El cuentista” ¿Por qué crees que el relato del extraño cuentista en el tren les gusta tanto a los niños? ¿Por qué la tía se enoja tanto con él?
2. En “Tobermory” a. ¿Por qué los invitados están tan inquietos ante la presencia del gato?

b. Lean en familia el cuento o ustedes cuéntenles sobre qué trata, y teniendo en cuenta las actitudes del felino y el final del relato, piensen por qué se lo castiga y qué actitudes critica el narrador del cuento. ¿A quién condena el narrador al gato o los invitados? Copien lo más importante que se charló en la casa.

4) Cuento “La penitencia”: a. ¿Por qué sentencian a muerte al gato? ¿es culpable? ¿Cómo reaccionan los niños? ¿Te parece bien la actitud de los niños? ¿Por qué?

5) Explica qué características tienen los niños que aparecen en los cuentos. ¿Comparten las mismas particularidades o hay diferencias entre ellos? Comenta y ejemplifica. ¿Y los adultos cómo son? ¿Crees que Saki realiza alguna crítica al mundo de los adultos? Explica

1. En el cuento “El ratón” ¿Qué indicios presenta la narración acerca de la discapacidad de la mujer?
2. Si hubiera una antología de cuentos de Saki titulada “Cuentos Crueles”, ¿Qué cuentos incluirías en esa selección? Explica por qué.
3. Leer el siguiente cuento y resolver las consignas. a) Mencionar cuál es el marco del relato (Espacio, tiempo, personajes). b) ¿Qué tipo de narrador presenta? Extrae una cita que justifique tu respuesta. c) ¿Cuál es el conflicto y cómo se resuelve? d) ¿Qué título le pondrías al cuento? No uses más de tres palabras.

La señora Smithson, de Londres (estas historias siempre ocurren entre ingleses) resolvió matar a su marido, no por nada sino porque estaba harta de él después de cincuenta años de matrimonio. Se lo dijo:   
-Thaddeus, voy a matarte.   
-Bromeas, Euphemia -se rió el infeliz.   
-¿Cuándo he bromeado yo?   
-Nunca, es verdad.   
-¿Por qué habría de bromear ahora y justamente en un asunto tan serio?   
-¿Y cómo me matarás? -siguió riendo Thaddeus Smithson.   
-Todavía no lo sé. Quizá poniéndote todos los días una pequeña dosis de arsénico en la comida. Quizás aflojando una pieza en el motor del automóvil. O te haré rodar por la escalera, aprovecharé cuando estés dormido para aplastarte el cráneo con un candelabro de plata, conectaré a la bañera un cable de electricidad. Ya veremos.   
El señor Smithson comprendió que su mujer no bromeaba. Perdió el sueño y el apetito. Enfermó del corazón, del sistema nervioso y de la cabeza. Seis meses después falleció. Euphemia Smithson, que era una mujer piadosa, le agradeció a Dios haberla librado de ser una asesina.

El ratón

Teodoro Voler había sido criado, desde la infancia hasta los confines de la madurez, por una madre afectuosa cuya mayor preocupación era mantenerlo a raya de lo que solía llamar “realidades ordinarias de la vida”. Cuando la dama pasó a mejor vida, Teodoro quedó solo en un mundo mucho más real, y en buena medida más ordinario que lo necesario.

Para un hombre de su temperamento y educación, hasta un simple viaje en tren estaba lleno de pequeñas molestias y discordias, y cuando subió a un compartimento de segunda clase una mañana de septiembre, experimentó sentimientos perturbadores y una descompostura mental general. Se había hospedado en una iglesia de campo, cuyos habitantes no habían sido, por cierto, brutales ni bacanales, pero la supervisión que ejercían sobre el personal doméstico era de una laxitud que llama al desastre. El carruaje que debía llevarlo a la estación jamás fue aprontado, y cuando el momento de partir se acercó, el paje que debía aparecer con dicho artículo no estaba en ninguna parte. Ante tal emergencia, y para su mudo disgusto, Teodoro se vio forzado a colaborar con la hija del cura en la tarea de enjaezar un poni, para lo que fue necesario andar a tientas en un cobertizo mal iluminado al que llamaban establo, y que realmente olía a tal (excepto en algunos sectores, donde tenía aroma a ratones).

Sin llegar a temerles, Teodoro clasificaba a los ratones dentro de los incidentes más ordinarios de la vida, y creía que la Providencia, con un pequeño ejercicio de coraje moral, debería haber reconocido que no eran indispensables y retirarlos de circulación hace mucho tiempo ya. Al echar a andar el tren, la imaginación de Teodoro lo acusaba de despedir un ligero aroma a establo, y posiblemente mostrar una o dos horrendas pajillas en su atuendo siempre cepillado.

Afortunadamente, su única compañera de compartimento, una dama de aproximadamente su misma edad, parecía más bien inclinada al descanso que al escrutinio. El tren no se detendría hasta alcanzar la terminal, casi una hora más tarde, y el vagón era de aquellos antiguos, sin comunicación por medio de corredores, por lo que ningún otro compañero de viaje iba a entrometerse en la semiprivacidad de Teodoro.

Sin embargo, cuando el tren no había alcanzado aún su velocidad normal, Teodoro se percató de pronto de que no estaba solo con la soñolienta mujer: ¡Ni siquiera estaba solo en la comodidad de sus propios atuendos! Un movimiento tibio de algo que se arrastraba sobre su piel delató la molesta presencia, invisible pero conmovedora, de un ratón que evidentemente había ganado su actual refugio durante el episodio de preparación del poni. Furtivos pataleos y movimientos violentos con su pierna, sumados a numerosos pellizcos y golpes con la mano, no lograron desalojar al intruso, cuyo lema, para colmo, parecía ser “¡hasta la cima, siempre!”. El legítimo dueño de los pantalones se reclinó contra los cojines y se empeñó en desarrollar algún medio de poner fin a la posesión compartida. Era imposible continuar por espacio de una hora en el papel de casa de juguetes para ratones errantes (ya su imaginación había, por lo menos, duplicado el número de los invasores). Por otra parte, nada menos drástico que un desnudo parcial ayudaría a deshacerse de su atormentador, y desvestirse en presencia de una dama, aunque fuera por un propósito tan loable, era una idea que le hacía poner las orejas coloradas de vergüenza. Nunca había sido capaz siquiera de exponerse sin zapatos en presencia del sexo débil.

Sin embargo, la dama en este caso estaba, sin lugar a dudas, profundamente dormida.

El ratón, por su parte, parecía tratar de alcanzar la cima de su montaña en pocos minutos. Si hay algo de cierto en la teoría de la transmigración, este ratón en particular había sido miembro del club de alpinistas en otra vida. Por momentos, ante su ansiedad, perdía pie y se despeñaba algunos centímetros y entonces, presa del miedo, o probablemente del mal humor, lo mordía. Teodoro se encontraba ante la más audaz empresa de su vida. Adquiriendo el matiz de una remolacha, y manteniendo una desesperada vigilia a su soñolienta compañera, fijó silenciosamente los extremos de su manta de viaje a las rejillas a ambos lados del vagón, para que una sustancial cortina colgara a través del compartimento, dividiéndolo en dos. En el angosto vestidor improvisado, procedió con prisa a quitar (parcialmente para él, y totalmente para el ratón) el revestimiento de tweed y semilana. Cuando el desenmarañado animal brincó hacia el piso, la manta zafó de sus ataduras y también se precipitó con un pequeño estruendo, y casi simultáneamente la desvelada mujer abrió los ojos. Con un movimiento casi tan rápido como el del ratón, Teodoro se arrojó sobre la manta, y estiró su superficie a la altura del mentón, cubriéndose todo el cuerpo, mientras se desplomaba en la esquina más lejana del vagón. La sangre fluyó y latió en las venas de su cuello y su frente, mientras esperaba paralizado que la dama hiciera sonar la campana de alarma. Ella, sin embargo, se contentó con una silenciosa mirada en dirección a su compañero. Teodoro se preguntaba cuánto habría visto la mujer, y en todo caso qué diablos pensaría de su actual postura.

-Creo que he cogido un resfriado -arriesgó, desesperado.

-Es una pena -replicó ella-. Justo iba a pedirle que abriera esta ventana.

-Creo que es la malaria -añadió, con los dientes castañeteando, tanto por miedo como por deseo de apoyar su teoría.

-Tengo un poco de brandi en mi bolso. Si usted amablemente me lo puede alcanzar -propuso la compañera.

-¡¡¡Ni soñ… Es decir: nunca tomo nada para el resfrío -aseguró él, honestamente.

-Supongo que se lo pescó en el trópico…

Teodoro, cuyo conocimiento del trópico se limitaba al regalo anual de una caja de té por parte de un tío que vivía en Ceilán, sintió que hasta la excusa de la malaria se le escurría. ¿Sería posible revelarle la verdad en pequeñas instancias?

-¿Le teme usted a los ratones? -se aventuró, con el rostro que adquiría, si acaso fuera posible, un semblante de color aún más escarlata.

-No. A menos que sean grandes cantidades, como los que devoraron al obispo Hatto. ¿Por qué pregunta?

-Hace un instante había uno que intentaba trepar dentro de mis pantalones -susurró Teodoro, con una voz que no parecía suya-. Fue una situación por demás incómoda.

-Debió serlo, si es que usted usa pantalones ajustados -observó ella-. Pero los ratones tienen ideas extrañas sobre la comodidad.

-Tuve que librarme de él mientras usted dormía -continuó Teodoro, tragando saliva-. Fue justamente intentando quitármelo de encima que quedé… en este estado…

-No sabía que quitarse un pequeño ratón de encima causara un resfriado -exclamó ella, con una frialdad que Teodoro juzgó abominable.

Evidentemente, la mujer había detectado su situación y disfrutaba con su confusión. Toda la sangre de su cuerpo parecía haberse concentrado en el rostro, y una agonía de humillación, peor que una miríada de ratones, subía y bajaba sobre su alma. Luego, al comenzar a reflexionar, el pánico reemplazó a la humillación. Con cada minuto que pasaba, el tren se acercaba a la atestada y bulliciosa terminal, donde docenas de ojos curiosos reemplazarían al único par paralizante que lo contemplaba desde el otro rincón del vagón. Había una remota y desesperada oportunidad, que los siguientes minutos decidirían. Su compañera de viaje podía reasumir su bendito sueño. Pero al extinguirse los minutos, esa oportunidad se evaporó. La furtiva mirada que Teodoro le prodigaba de cuando en cuando, revelaba solo un desvelo continuo.

-Creo que nos acercamos a la estación -observó ella.

Teodoro ya había notado, con terror *in crescendo*, los recurrentes grupejos de casuchas que proclamaban el final del viaje. Las palabras de la dama actuaron como señal. Cual animal acechado que escapa desesperado en busca de un refugio momentáneo, Teodoro se envolvió con la manta y luchó frenéticamente contra sus arrugados atavíos. Era consciente de las numerosas estaciones suburbanas que pasaban raudamente por la ventanilla, de una sensación de asfixia en su garganta y su corazón, y de un silencio sepulcral en aquel rincón al que no se atrevía a dirigir la mirada. Después, al hundirse nuevamente en su asiento, vestido ya, y a punto de enloquecer, el tren comenzó a detenerse lentamente.

Al fin, la mujer habló:

-¿Sería usted tan amable -dijo-, de buscar un paje que me ayude a subir a un taxi? Siento mucho molestarlo si no se siente bien, pero las estaciones de trenes son realmente un dolor de cabeza para una mujer ciega como yo.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

El cuentista

Era una tarde calurosa y el vagón del tren también estaba caliente; la siguiente parada, Templecombe, estaba casi a una hora de distancia. Los ocupantes del vagón eran una niña pequeña, otra niña aún más pequeña y un niño también pequeño. Una tía, que pertenecía a los niños, ocupaba un asiento de la esquina; el otro asiento de la esquina, del lado opuesto, estaba ocupado por un hombre soltero que era un extraño ante aquella fiesta, pero las niñas pequeñas y el niño pequeño ocupaban, enfáticamente, el compartimiento. Tanto la tía como los niños conversaban de manera limitada pero persistente, recordando las atenciones de una mosca que se niega a ser rechazada. La mayoría de los comentarios de la tía empezaban por «No», y casi todos los de los niños por «¿Por qué?». El hombre soltero no decía nada en voz alta.

-No, Cyril, no -exclamó la tía cuando el niño empezó a golpear los cojines del asiento, provocando una nube de polvo con cada golpe-. Ven a mirar por la ventanilla -añadió.

El niño se desplazó hacia la ventanilla con desgana.

-¿Por qué sacan a esas ovejas fuera de ese campo? -preguntó.

-Supongo que las llevan a otro campo en el que hay más hierba -respondió la tía débilmente.

-Pero en ese campo hay montones de hierba -protestó el niño-; no hay otra cosa que no sea hierba. Tía, en ese campo hay montones de hierba.

-Quizá la hierba de otro campo es mejor -sugirió la tía neciamente.

-¿Por qué es mejor? -fue la inevitable y rápida pregunta.

-¡Oh, mira esas vacas! -exclamó la tía.

Casi todos los campos por los que pasaba la línea de tren tenían vacas o toros, pero ella lo dijo como si estuviera llamando la atención ante una novedad.

-¿Por qué es mejor la hierba del otro campo? -persistió Cyril.

El ceño fruncido del soltero se iba acentuando hasta estar ceñudo. La tía decidió, mentalmente, que era un hombre duro y hostil. Ella era incapaz por completo de tomar una decisión satisfactoria sobre la hierba del otro campo.

La niña más pequeña creó una forma de distracción al empezar a recitar «De camino hacia Mandalay». Solo sabía la primera línea, pero utilizó al máximo su limitado conocimiento. Repetía la línea una y otra vez con una voz soñadora, pero decidida y muy audible; al soltero le pareció como si alguien hubiera hecho una apuesta con ella a que no era capaz de repetir la línea en voz alta dos mil veces seguidas y sin detenerse. Quienquiera que fuera que hubiera hecho la apuesta, probablemente la perdería.

-Acérquense aquí y escuchen mi historia -dijo la tía cuando el soltero la había mirado dos veces a ella y una al timbre de alarma.

Los niños se desplazaron apáticamente hacia el final del compartimiento donde estaba la tía. Evidentemente, su reputación como contadora de historias no ocupaba una alta posición, según la estimación de los niños.

Con voz baja y confidencial, interrumpida a intervalos frecuentes por preguntas malhumoradas y en voz alta de los oyentes, comenzó una historia poco animada y con una deplorable carencia de interés sobre una niña que era buena, que se hacía amiga de todos a causa de su bondad y que, al final, fue salvada de un toro enloquecido por numerosos rescatadores que admiraban su carácter moral.

-¿No la habrían salvado si no hubiera sido buena? -preguntó la mayor de las niñas.

Esa era exactamente la pregunta que había querido hacer el soltero.

-Bueno, sí -admitió la tía sin convicción-. Pero no creo que la hubieran socorrido muy deprisa si ella no les hubiera gustado mucho.

-Es la historia más tonta que he oído nunca -dijo la mayor de las niñas con una inmensa convicción.

-Después de la segunda parte no he escuchado, era demasiado tonta -dijo Cyril.

La niña más pequeña no hizo ningún comentario, pero hacía rato que había vuelto a comenzar a murmurar la repetición de su verso favorito.

-No parece que tenga éxito como contadora de historias -dijo de repente el soltero desde su esquina.

La tía se ofendió como defensa instantánea ante aquel ataque inesperado.

-Es muy difícil contar historias que los niños puedan entender y apreciar -dijo fríamente.

-No estoy de acuerdo con usted -dijo el soltero.

-Quizá le gustaría a usted explicarles una historia -contestó la tía.

-Cuéntenos un cuento -pidió la mayor de las niñas.

-Érase una vez -comenzó el soltero- una niña pequeña llamada Berta que era extremadamente buena.

El interés suscitado en los niños momentáneamente comenzó a vacilar en seguida; todas las historias se parecían terriblemente, no importaba quién las explicara.

-Hacía todo lo que le mandaban, siempre decía la verdad, mantenía la ropa limpia, comía budín de leche como si fuera tarta de mermelada, aprendía sus lecciones perfectamente y tenía buenos modales.

-¿Era bonita? -preguntó la mayor de las niñas.

-No tanto como cualquiera de ustedes -respondió el soltero-, pero era terriblemente buena.

Se produjo una ola de reacción en favor de la historia; la palabra terrible unida a bondad fue una novedad que la favorecía. Parecía introducir un círculo de verdad que faltaba en los cuentos sobre la vida infantil que narraba la tía.

-Era tan buena -continuó el soltero- que ganó varias medallas por su bondad, que siempre llevaba puestas en su vestido. Tenía una medalla por obediencia, otra por puntualidad y una tercera por buen comportamiento. Eran medallas grandes de metal y chocaban las unas con las otras cuando caminaba. Ningún otro niño de la ciudad en la que vivía tenía esas tres medallas, así que todos sabían que debía de ser una niña extraordinariamente buena.

-Terriblemente buena -citó Cyril.

-Todos hablaban de su bondad y el príncipe de aquel país se enteró de aquello y dijo que, ya que era tan buena, debería tener permiso para pasear, una vez a la semana, por su parque, que estaba justo afuera de la ciudad. Era un parque muy bonito y nunca se había permitido la entrada a niños, por eso fue un gran honor para Berta tener permiso para poder entrar.

-¿Había alguna oveja en el parque? -preguntó Cyril.

-No -dijo el soltero-, no había ovejas.

-¿Por qué no había ovejas? -llegó la inevitable pregunta que surgió de la respuesta anterior.

La tía se permitió una sonrisa que casi podría haber sido descrita como una mueca.

-En el parque no había ovejas -dijo el soltero- porque, una vez, la madre del príncipe tuvo un sueño en el que su hijo era asesinado tanto por una oveja como por un reloj de pared que le caía encima. Por esa razón, el príncipe no tenía ovejas en el parque ni relojes de pared en su palacio.

La tía contuvo un grito de admiración.

-¿El príncipe fue asesinado por una oveja o por un reloj? -preguntó Cyril.

-Todavía está vivo, así que no podemos decir si el sueño se hará realidad -dijo el soltero despreocupadamente-. De todos modos, aunque no había ovejas en el parque, sí había muchos cerditos corriendo por todas partes.

-¿De qué color eran?

-Negros con la cara blanca, blancos con manchas negras, totalmente negros, grises con manchas blancas y algunos eran totalmente blancos.

El contador de historias se detuvo para que los niños crearan en su imaginación una idea completa de los tesoros del parque; después prosiguió:

-Berta sintió mucho que no hubiera flores en el parque. Había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no arrancaría ninguna de las flores del príncipe y tenía intención de mantener su promesa por lo que, naturalmente, se sintió tonta al ver que no había flores para coger.

-¿Por qué no había flores?

-Porque los cerdos se las habían comido todas -contestó el soltero rápidamente-. Los jardineros le habían dicho al príncipe que no podía tener cerdos y flores, así que decidió tener cerdos y no tener flores.

Hubo un murmullo de aprobación por la excelente decisión del príncipe; mucha gente habría decidido lo contrario.

-En el parque había muchas otras cosas deliciosas. Había estanques con peces dorados, azules y verdes, y árboles con hermosos loros que decían cosas inteligentes sin previo aviso, y colibríes que cantaban todas las melodías populares del día. Berta caminó arriba y abajo, disfrutando inmensamente, y pensó: «Si no fuera tan extraordinariamente buena no me habrían permitido venir a este maravilloso parque y disfrutar de todo lo que hay en él para ver», y sus tres medallas chocaban unas contra las otras al caminar y la ayudaban a recordar lo buenísima que era realmente. Justo en aquel momento, iba merodeando por allí un enorme lobo para ver si podía atrapar algún cerdito gordo para su cena.

-¿De qué color era? -preguntaron los niños, con un inmediato aumento de interés.

-Era completamente del color del barro, con una lengua negra y unos ojos de un gris pálido que brillaban con inexplicable ferocidad. Lo primero que vio en el parque fue a Berta; su delantal estaba tan inmaculadamente blanco y limpio que podía ser visto desde una gran distancia. Berta vio al lobo, vio que se dirigía hacia ella y empezó a desear que nunca le hubieran permitido entrar en el parque. Corrió todo lo que pudo y el lobo la siguió dando enormes saltos y brincos. Ella consiguió llegar a unos matorrales de mirto y se escondió en uno de los arbustos más espesos. El lobo se acercó olfateando entre las ramas, su negra lengua le colgaba de la boca y sus ojos gris pálido brillaban de rabia. Berta estaba terriblemente asustada y pensó: «Si no hubiera sido tan extraordinariamente buena ahora estaría segura en la ciudad». Sin embargo, el olor del mirto era tan fuerte que el lobo no pudo olfatear dónde estaba escondida Berta, y los arbustos eran tan espesos que podría haber estado buscándola entre ellos durante mucho rato, sin verla, así que pensó que era mejor salir de allí y cazar un cerdito. Berta temblaba tanto al tener al lobo merodeando y olfateando tan cerca de ella que la medalla de obediencia chocaba contra las de buena conducta y puntualidad. El lobo acababa de irse cuando oyó el sonido que producían las medallas y se detuvo para escuchar; volvieron a sonar en un arbusto que estaba cerca de él. Se lanzó dentro de él, con los ojos gris pálido brillando de ferocidad y triunfo, sacó a Berta de allí y la devoró hasta el último bocado. Todo lo que quedó de ella fueron sus zapatos, algunos pedazos de ropa y las tres medallas de la bondad.

-¿Mató a alguno de los cerditos?

-No, todos escaparon.

-La historia empezó mal -dijo la más pequeña de las niñas-, pero ha tenido un final bonito.

-Es la historia más bonita que he escuchado nunca -dijo la mayor de las niñas, muy decidida.

-Es la única historia bonita que he oído nunca -dijo Cyril.

La tía expresó su desacuerdo.

-¡Una historia de lo menos apropiada para explicar a niños pequeños! Ha socavado el efecto de años de cuidadosa enseñanza.

-De todos modos -dijo el soltero, cogiendo sus pertenencias y dispuesto a abandonar el tren-, los he mantenido tranquilos durante diez minutos, mucho más de lo que usted pudo.

«¡Infeliz! -se dijo mientras bajaba al andén de la estación de Templecombe-. ¡Durante los próximos seis meses esos niños la asaltarán en público pidiéndole una historia impropia!»

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

Tobermory

Era una tarde lluviosa y desapacible de fines de agosto durante esa estación indefinida en que las perdices están todavía a resguardo o en algún frigorífico y no hay nada que cazar, a no ser que uno se encuentre en algún lugar que limite al norte con el canal de Bristol. En tal caso se pueden perseguir legalmente robustos venados rojos.

Los huéspedes de lady Blemley no estaban limitados al norte por el canal de Bristol, de modo que esa tarde estaban todos reunidos en torno a la mesa del té. Y, a pesar de la monotonía de la estación y de la trivialidad del momento, no había indicio en la reunión de esa inquietud que nace del tedio y que significa temor por la pianola y deseo reprimido de sentarse a jugar bridge. La ansiosa atención de todos se concentraba en la personalidad negativamente hogareña del señor Cornelius Appin. De todos los huéspedes de lady Blemley era el que había llegado con una reputación más vaga. Alguien había dicho que era “inteligente”, y había recibido su invitación con la moderada expectativa, de parte de su anfitriona, de que por lo menos alguna porción de su inteligencia contribuyera al entretenimiento general. No había podido descubrir hasta la hora del té en qué dirección, si la había, apuntaba su inteligencia. No se destacaba por su ingenio ni por saber jugar al croquet; tampoco poseía un poder hipnótico ni sabía organizar representaciones de aficionados. Tampoco sugería su aspecto exterior esa clase de hombres a los que las mujeres están dispuestas a perdonar un grado considerable de deficiencia mental. Había quedado reducido a un simple señor Appin y el nombre de Cornelius parecía no ser sino un transparente fraude bautismal. Y ahora pretendía haber lanzado al mundo un descubrimiento frente al cual la invención de la pólvora, la imprenta y la locomotora resultaban meras bagatelas. La ciencia había dado pasos asombrosos en diversas direcciones durante las últimas décadas, pero esto parecía pertenecer al dominio del milagro más que al del descubrimiento científico.

-¿Y usted nos pide realmente que creamos -decía sir Wilfred- que ha descubierto un método para instruir a los animales en el arte del habla humana, y que nuestro querido y viejo Tobermory fue el primer discípulo con el que obtuvo un resultado feliz?

-Es un problema en el que he trabajado mucho los últimos diecisiete años -dijo el señor Appin-, pero solo durante los últimos ocho o nueve meses he sido premiado con el mayor de los éxitos. Experimenté por supuesto con miles de animales, pero últimamente solo con gatos, esas criaturas admirables que han asimilado tan maravillosamente nuestra civilización sin perder por eso todos sus altamente desarrollados instintos salvajes. De tanto en tanto se encuentra entre los gatos un intelecto superior, como sucede también entre la masa de los seres humanos, y cuando conocí hace una semana a Tobermory, me di cuenta inmediatamente de que estaba ante un “supergato” de extraordinaria inteligencia. Había llegado muy lejos por el camino del éxito en experimentos recientes; con Tobermory, como ustedes lo llaman, he llegado a la meta.

El señor Appin concluyó su notable afirmación en un tono en que se esforzaba por eliminar una inflexión de triunfo. Nadie dijo “ratas”1 aunque los labios de Clovis esbozaron una contorsión bisilábica que invocaba probablemente a esos roedores representantes del descrédito.

-¿Quiere decir -preguntó la señorita Resker, después de una breve pausa- que usted ha enseñado a Tobermory a decir y a entender oraciones simples de una sola sílaba?

-Mi querida señorita Resker -dijo pacientemente el taumaturgo-, de esa manera gradual y fragmentaria se enseña a los niños, a los salvajes y a los adultos atrasados; cuando se ha resuelto el problema de cómo empezar con un animal de inteligencia altamente desarrollada no se necesitan para nada esos métodos vacilantes. Tobermory puede hablar nuestra lengua con absoluta corrección.

Esta vez Clovis dijo claramente “requeterratas”. Sir Wilfrid fue más amable, aunque igualmente escéptico.

-¿No sería mejor traer al gato y juzgar por nuestra cuenta? -sugirió lady Blemley.

Sir Wilfrid fue en busca del animal, y todos se entregaron a la lánguida expectativa de asistir a un acto de ventriloquismo más o menos hábil.

Sir Wilfrid volvió al instante, pálido su rostro bronceado y los ojos dilatados por el asombro.

-¡Caramba, es verdad!

Su agitación era inequívocamente genuina y sus oyentes se sobresaltaron en un estremecimiento de renovado interés.

Dejándose caer en un sillón, prosiguió con voz entrecortada:

-Lo encontré dormitando en el salón de fumar, y lo llamé para que viniera a tomar el té. Parpadeó como suele hacer, y le dije: “Vamos, Toby; no nos hagas esperar”. Entonces ¡Dios mío!, articuló con lentitud, del modo más espantosamente natural, que vendría cuando le diera la real gana. Casi me caigo de espaldas.

Appin se había dirigido a un auditorio completamente incrédulo; las palabras de sir Wilfrid lograron un convencimiento instantáneo. Se elevó un coro de exclamaciones de asombro dignas de la Torre de Babel, entre las cuales el científico permanecía sentado y en silencio gozando del primer fruto de su estupendo descubrimiento.

En medio del clamor entró en el cuarto Tobermory y se abrió paso con delicadeza y estudiada indiferencia hasta donde estaba el grupo reunido en torno a la mesa del té.

Un silencio tenso e incómodo dominó a los comensales. Por algún motivo resultaba incómodo dirigirse en términos de igualdad a un gato doméstico de reconocida habilidad mental.

-¿Quieres tomar leche, Tobermory? -preguntó lady Blemley con la voz un poco tensa.

-Me da lo mismo -fue la respuesta, expresada en un tono de absoluta indiferencia. Un estremecimiento de reprimida excitación recorrió a todos, y lady Blemley merece ser disculpada por haber servido la leche con un pulso más bien inestable.

-Me temo que derramé bastante -dijo.

-Después de todo, no es mía la alfombra -replicó Tobermory.

Otra vez el silencio dominó al grupo, y entonces la señorita Resker, con sus mejores modales de asistente parroquial, le preguntó si le había resultado difícil aprender el lenguaje humano. Tobermory la miró fijo un instante y luego bajó serenamente la mirada. Era evidente que las preguntas aburridas estaban excluidas de su sistema de vida.

-¿Qué opinas de la inteligencia humana? -preguntó Mavis Pellington, en tono vacilante.

-¿De la inteligencia de quién en particular? -preguntó fríamente Tobermory.

-¡Oh, bueno!, de la mía, por ejemplo -dijo Mavis tratando de reír.

-Me pone usted en una situación difícil -dijo Tobermory, cuyo tono y actitud no sugerían por cierto el menor embarazo-. Cuando se propuso incluirla entre los huéspedes, sir Wilfrid protestó alegando que era usted la mujer más tonta que conocía, y que había una gran diferencia entre la hospitalidad y el cuidado de los débiles mentales. Lady Bremley replicó que su falta de capacidad mental era precisamente la cualidad que le había ganado la invitación, puesto que no conocía ninguna persona tan estúpida como para que le comprara su viejo automóvil. Ya sabe cuál, el que llaman “la envidia de Sísifo”, porque si lo empujan va cuesta arriba con suma facilidad.

Las protestas de lady Blemley habrían tenido mayor efecto si aquella misma mañana no hubiera sugerido casualmente a Mavis que ese auto era justo lo que ella necesitaba para su casa de Devonshire.

El mayor Barfield se precipitó a cambiar de tema.

-¿Y qué hay de tus andanzas con la gatita de color carey, allá en los establos?

No bien lo dijo, todos advirtieron que la pregunta era una burrada.

-Por lo general no se habla de esas cosas en público -respondió fríamente Tobermory-. Por lo que pude observar de su conducta desde que llegó a esta casa, imagino que le parecería inconveniente que yo desviara la conversación hacia sus pequeños asuntos.

No solo al mayor dominó el pánico que siguió a estas palabras.

-¿Quieres ir a ver si la cocinera ya tiene lista tu comida? -sugirió apresuradamente lady Blemley, fingiendo ignorar que faltaban por lo menos dos horas para la comida de Tobermory.

-Gracias -dijo Tobermory-, acabo de tomar el té. No quiero morir de indigestión.

-Los gatos tienen siete vidas, sabes -dijo sir Wilfrid con ánimo cordial.

-Posiblemente -replicó Tobermory-, pero un solo hígado.

-¡Adelaida! -exclamó la señora Cornett-, ¿vas a permitir que este gato salga a hablar de nosotros con los sirvientes?

El pánico en verdad se había vuelto general. Se recordó con espanto que una balaustrada ornamental recorría la mayor de las ventanas de los dormitorios de las torres, y que era el paseo favorito de Tobermory a todas horas. Desde allí podía vigilar a las palomas y… sabe Dios qué más. Si su intención era extenderse en reminiscencias, con su actual tendencia a la franqueza el efecto sería más que desconcertante. La señora Cornett, que pasaba mucho tiempo frente a su mesa de tocador y cuyo cutis tenía fama de poseer una naturaleza nómada, aunque puntual, se mostraba tan incómoda como el mayor.

La señorita Scrawen, que escribía poemas de una sensualidad feroz y llevaba una vida intachable, solo manifestó irritación; si uno es metódico y virtuoso en su vida privada, no quiere necesariamente que todos se enteren. Bertie van Tahn, tan depravado a los diecisiete años que hacía ya mucho que había abandonado su intento de ser todavía peor, se puso de un color blanco apagado como de gardenia, pero no cometió el error de precipitarse fuera de la habitación como Odo Finsberry, un joven que parecía seguir la carrera eclesiástica y a quien posiblemente perturbaba la idea de enterarse de los escándalos de otras personas. Clovis tuvo la presencia de ánimo de guardar una apariencia de serenidad. Interiormente se preguntaba cuánto tiempo tardaría en procurarse una caja de ratones selectos por medio de Exchanges and Mart, y utilizarlos como soborno.

Aun en una situación delicada como aquella, Agnes Resker no podía resignarse a quedar relegada por mucho tiempo.

-¿Por qué habré venido aquí? -preguntó en un tono dramático.

Tobermory aceptó inmediatamente la apertura.

-A juzgar por lo que dijo ayer la señora Cornett mientras jugaban al croquet, fue por la comida. Describió a los Blemleys como las personas más aburridas que conocía, pero admitió que eran lo bastante inteligentes como para tener un cocinero de primer orden; de otro modo les resultaría difícil encontrar a quien quisiera volver por segunda vez a su casa.

-¡Ni una palabra de lo que dice es verdad! ¡Pregunten a la señora Cornett! -exclamó Agnes, confusa.

-La señora Cornett repitió después su observación a Bertie van Tahn -prosiguió Tobermory- y dijo: “Esa mujer está entre los desocupados que integran la Marcha del Hambre; iría a cualquier parte con tal de obtener cuatro comidas por día”, y Bertie van Tahn dijo…

En ese instante, misericordiosamente, la crónica se interrumpió. Tobermory había divisado a Tom, el gran gato amarillo de la rectoría, que avanzaba a través de los arbustos en dirección del establo. Tobermory salió disparado por la ventana abierta.

Con la desaparición de su por demás alumno brillante, Cornelius Appin se encontró envuelto en un huracán de amargos reproches, preguntas ansiosas y temerosos ruegos. En él recaía la responsabilidad de la situación, y era él quien debía impedir que las cosas empeoraran aun más. ¿Podía Tobermory impartir su peligroso don a otros gatos? Era la primera pregunta que tuvo que contestar. Era posible, dijo, que hubiera iniciado a su amiga íntima, la gatita de los establos, en sus nuevos conocimientos, pero era poco probable que sus enseñanzas abarcaran por el momento un margen más amplio.

-Siendo así -dijo la señora Cornett- acepto que Tobermory sea un gato valioso y una mascota adorable; pero seguramente convendrá conmigo, Adelaida, que tanto él como la gata de los establos deben desaparecer sin demora.

-No supondrá que este último cuarto de hora me haya sido placentero -dijo amargamente lady Blemley-. Mi marido y yo queremos mucho a Tobermory… por lo menos, lo queríamos hasta que le fueron impartidos esos horribles conocimientos; pero ahora, por supuesto, lo que hay que hacer es eliminarlo tan pronto como sea posible.

-Podemos poner estricnina en los restos que recibe a la hora de la comida -dijo sir Wilfrid-, y a la gata del establo la ahogaré yo mismo. El cochero lamentará mucho perder a su mascota, pero diremos que los dos gatos padecían un tipo de sarna muy contagiosa y que temíamos que se extendiera a los perros.

-Pero, ¡mi gran descubrimiento! -protestó el señor Appin-; después de tantos años de investigaciones y experimentos…

Un arcángel que proclamara en éxtasis el milenio y descubriera que coincide imperdonablemente con las regatas de Henley y tuviera que ser postergado por tiempo indefinido, no se hubiera sentido tan deprimido como Cornelius Appin ante la acogida que se dispensó a su magnífica hazaña. Tenía en contra, sin embargo, la opinión pública, que si hubiera sido consultada al respecto es probable que una cuantiosa minoría hubiera votado por incluirlo en la dieta de estricnina.

Horarios defectuosos de trenes y un nervioso deseo de ver las cosa consumadas impidieron una dispersión inmediata de los huéspedes, pero la comida de aquella noche no fue por cierto un éxito social. Sir Wilfrid pasó momentos difíciles con la gata del establo y después con el cochero. Agnes Resker se limitó ostentosamente a comer un trozo de tostada reseca, que mordía como si se tratara de un enemigo personal, mientras que Mavis Pellington guardó un silencio vengativo durante toda la comida. Lady Blemley hablaba incesantemente haciéndose la ilusión de que estaba conversando, pero su atención se concentraba en el umbral. Un plato lleno de trozos de pescado cuidadosamente dosificados estaba listo en el aparador, pero pasaron los dulces y los postres sin que Tobermory apareciera en el comedor o en la cocina.

La sepulcral comida resultó alegre comparada con la siguiente vigilia en el salón de fumar. El hecho de comer y beber había procurado al menos una distracción al malestar general. El bridge quedó eliminado, debido a la tensión nerviosa y a la irritación de los ánimos, y después que Odo Finsberry ofreció una lúgubre versión de Melisande en el bosque ante un auditorio glacial, la música fue por tácito acuerdo evitada. A las once los sirvientes se fueron a dormir, después de anunciar que la ventanita de la despensa había quedado abierta como de costumbre para el uso privado de Tobermory. Los huéspedes se dedicaron a leer las revistas más recientes, hasta que paulatinamente tuvieron que echar mano de la Biblioteca Badminton y de los volúmenes encuadernados de Punch. Lady Blemley hacía visitas periódicas a la despensa y volvía cada vez con una expresión de abatimiento que hacía superfluas las preguntas acumuladas.

A las dos Clovis quebró el silencio imperante.

-No aparecerá esta noche. Probablemente está en las oficinas del diario local dictando la primera parte de sus memorias, que excluirán a las de lady Cómo se Llama. Será el acontecimiento del día.

Habiendo contribuido de esta manera a la animación general, Clovis se fue a acostar. Tras prolongados intervalos, los diversos integrantes de la reunión siguieron su ejemplo.

Los sirvientes, al llevar el té de la mañana, formularon una declaración unánime en respuesta a una pregunta unánime: Tobermory no había regresado.

El desayuno resultó, si cabe, una función más desagradable que la comida, pero antes que llegara a su término la situación se despejó. De entre los arbustos, donde un jardinero acababa de encontrarlo, trajeron el cadáver de Tobermory. Por las mordeduras que tenía en el cuello y la piel amarilla que le había quedado entre las uñas, era evidente que había resultado vencido en un combate desigual con el gato grande de la rectoría.

Hacia mediodía la mayoría de los huéspedes había abandonado las torres, y después del almuerzo lady Blemley se había recuperado lo suficiente como para escribir una carta sumamente antipática a la rectoría acerca de la pérdida de su preciada mascota.

Tobermory había sido el único alumno aventajado de Appin, y estaba destinado a no tener sucesor. Algunas semanas más tarde, en el jardín zoológico de Dresde, un elefante que no había mostrado hasta entonces signos de irritabilidad, se escapó de la jaula y mató a un inglés que, aparentemente, había estado molestándolo. En las crónicas de los periódicos el apellido de la víctima aparecía indistintamente como Oppin y Eppelin, pero su nombre de pila fue invariablemente Cornelius.

-Si le estaba enseñando los verbos irregulares al pobre animal -dijo Clovis-, se lo tenía merecido.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

LA PENITENCIA

Octavian Ruttle era uno de los individuos vivaces y alegres en quienes la amabilidad ha puesto su sello inconfundible, y como la mayoría de gente de su clase, la paz de su alma dependía en gran medida de la aprobación de sus semejantes. Un día persiguió a un pequeño gatito atigrado al que le había dado caza, era algo terrible que a el mismo le resultaba difícil de aprobar, y se sintió alegrado cuando el jardinero había enterrado el cuerpo en una tumba cavada apresuradamente, bajo la sombra de un solitario roble en el prado. El mismo árbol al que el objeto de la cacería trepara desesperadamente en un último intento por salvar la vida. Había sido un acto de mal gusto y aparentemente cruel, pero las circunstancias habían exigido que se hiciera.  
Octavian criaba pollos, por lo menos intentaba criar algunos, por que varios de ellos desaparecían dejando como único testimonio de su existencia, unas cuantas plumas manchadas de sangre, lo que indicaba la forma de su desaparición.

Los empleados habían sido testigos de varias visitas furtivas a los gallineros, de un gato atigrado de la gran mansión de color gris que se encontraba a espaldas del prado, y después de las debidas negociaciones, con las autoridades de la mansión gris, una sentencia de muerte había sido acordada. “A los niños no les gustaría, pero no tienen por qué enterarse”. Estas habían sido las últimas palabras sobre el asunto.

Los niños en cuestión eran un completo enigma para Octavian, el creía que, en el curso de unos meses, él ya sabría sus nombres, edades, las fechas de sus cumpleaños y que seguramente le habrían mostrado ya sus juguetes favoritos. Sin embargo, divulgaban tan poca información sobre ellos o sus sentimientos, como aquel solemne gran muro blanco que los separaba en la pradera. Un gran muro sobre el cual a veces sus tres cabezas aparecían inesperadamente. Sus padres estaban en la India; Era todo lo que había logrado averiguar con los vecinos, Mas allá del dato revelado por su vestimenta que indicaba que estaban divididos por sexo. Una niña y dos varones, los niños no le habían dejado saber nada más sobre su vida. Y ahora parecía que estaba involucrado en algo que les afectaba de cerca, pero que había que ocultarles.

Los pobres pollos indefensos se habían ido uno por uno a su destino fatal, por lo que era justo que su verdugo deba sufrir de un final violento, sin embargo, Octavian se sintió intranquilo tras participar en ese acto de violencia. El pequeño gato, ahuyentado de sus acostumbradas rutas de escape, había corrido de refugio en refugio, y su final ha sido bastante lamentable. Octavian caminaba por la hierba de la pradera con un paso menos alegre que de costumbre. Y al pasar bajo la sombra del gran muro blanco, levantó la vista y se dio cuenta de que su casería había tenido testigos indeseados. Tres rostros blancos enojados lo miraban desde lo alto, y si alguna vez un artista quería un modelo triple del más gélido odio humano, impotente pero implacable, furioso pero enmascarado en la quietud, lo habría encontrado en las tres miradas, con las que se cruzaron los ojos de Octavian.

“Lo siento, pero no había más remedio”, dijo Octavian, con voz de genuina disculpa.

“Bestia!”

Fue la respuesta que vino de las tres gargantas con sorprendente intensidad. Octavian sintió que el solemne muro blanco no sería más impenetrable a sus explicaciones que la mole de hostilidad humana que lo miraba desde su borde superior, por lo que decidió inteligentemente reservar sus disculpas para una ocasión más propicia.

Dos días después Octavian registro minuciosamente la mejor confitería del pueblo más cercano, en busca de una caja de chocolates que por su tamaño y contenido resultara una buena compensación, por el horrible hecho sucedido bajo el roble del prado. Rechazo inmediatamente las dos primeras cajas que le fueron mostradas, una tenía un grupo de pollitos pintados en la tapa, y la otra llevaba el retrato de un gato atigrado. La tercera caja era más sencilla, adornada con un ramo de amapolas, y Octavian acogió las flores del olvido como un feliz presagio. Se sintió aliviado cuando el imponente paquete había sido enviado a la mansión gris, y tras recibir mensaje de que había sido debidamente dado a los niños. A la mañana siguiente caminaba despacio, pero con paso firme a lo largo del gran muro blanco. Camino hacia los gallineros y las pocilgas que estaban en el extremo del prado. Los tres niños estaban encaramados en su acostumbrado puesto de observación, y su mirada no parecía haber cambiado tras la presencia de Octavian. Este al tiempo que llegaba a una deprimente convicción acerca de lo indiferente de sus miradas, comenzó a advertir un extraño jaspeado en la hierba a sus pies, era un área considerable de pasto que mostraba manchas y salpicaduras de un granizo color de chocolate, alegrado aquí y allá por envolturas de papel aluminio de vivos colores o la reluciente malva de las violetas azucaradas. Era como si el paraíso de los cuentos de hadas de un niño goloso hubiera tomado forma y cuerpo en la vegetación del prado. Este era el precio que Octavian pagara por la sangre derramada que le había sido devuelto con desprecio.

Para aumentar su desconcierto el curso de los acontecimientos tendía a exonerar de culpas por los estragos causados a los pollitos, al reo que ya había pagado con su vida. Los pollitos jóvenes seguían desapareciendo, y parecía muy probable que el gato atigrado solo acechaba los gallineros para hacer presa de las ratas que encontraban cobijo en ellos. Merced a los desbordantes canales de la conversación de los sirvientes, los niños se enteraron tardíamente de la pena impuesta al gato, y un día Octavian encontró una hoja de cuaderno en la que estaba escrito trabajosamente. “Bestia, las ratas se comieron tus pollitos”. Con más ardor que nunca deseo una oportunidad para expiar sus culpas, y ganarse un apodo más feliz que aquel que había recibido de sus tres jueces.

Y un día tuvo la inspiración, Olivia su hija de dos años de edad, era la clave, su hija estaba acostumbrada a pasar la hora del mediodía hasta la una con su padre, mientras la niñera engullía y digería su almuerzo junto con la lectura de una novela romántica. A esa misma hora aquel solemne muro blanco, solía adornarse con las tres pequeñas figuras de los niños. Que pasaban el tiempo, vigilantes aparentemente sin ningún propósito en mente. Octavian, con aparente descuido de ello, trajo a Olivia y habiéndola colocado en un punto que quedara perfectamente visible por sus observadores. Comenzó a notar un creciente interés que nacía en ese grupo tan cerrilmente hostil hasta entonces. Su pequeña Olivia, con sus maneras placidas y somnolientas, habría de triunfar donde él, con sus aproximaciones nerviosas y bien intencionadas, había fracasado rotundamente. Él le trajo una gran dalia amarilla, que Olivia agarró con fuerza en una mano y miró con una mirada de aburrimiento de beneficencia, como la que suele darse a la danza clásica interpretada por aficionados. En beneficio de una organización de caridad que merece la ayuda. Luego se volvió tímidamente hacia el grupo encaramado en la pared y le preguntó con fingida indiferencia, “¿Les gustan las flores?”. Las tres cabezas asintieron solemnemente como recompensa a su iniciativa.

“¿Cuáles les gustan más?” -preguntó, esta vez con una voz que lo traicionaba y mostraba su ansiedad.

“Las que tienen todos los colores, por ahí.” Tres brazos regordetes apuntaban a una maraña de guisantes de olor. Como suelen hacer los niños, habían pedido lo que estaba más lejos de la mano, pero Octavian trotando alegremente se dirigió a obedecer a sus instancias de bienvenida. Tiró y tiró con implacable mano, arrancando todas las variedades de color que podía ver convirtiéndose no en un manojo si no en una brazada de flores. Luego giro para volver sobre sus pasos y encontró el muro más inexpresivo y solitario que nunca, mientras que en el primer plano todo rastro de Olivia había desparecido. Allá a lo lejos en el prado tres niños estaban empujando un carrito a la mayor velocidad posible. En dirección a las pocilgas de los cerdos, era el coche de Olivia, y Olivia estaba sentada en él. Se veía como se golpeaba un poco y se sacudía al ritmo en que era empujada, pero parecía mantener la calma acostumbrada. Octavian contemplo por unos momentos al grupo que se movía velozmente y después se echó a correr en pos de ellos a todo lo que daban sus piernas, derramando a su paso una lluvia de flores de la masa de guisantes que aun tenia aferradas en sus manos. Aunque corrió muy rápido, los niños habían llegado a la pocilga antes de que lograra alcanzarlos, pero llego a tiempo para ver a Olivia, curiosa, sin protestar, pese a los tirones y empujones que reciba para subirla al techo de la pocilga más cercana. Eran edificios antiguos necesitados de alguna reparación, y el techo desvencijado, ciertamente no podría soportar el peso de Octavian si hubiera tratado de seguir a su hija y sus captores hasta una nueva posición más ventajosa.

“¿Qué van a hacer con ella?” jadeó. No había equivocación posible sobre la firme decisión de llevar a cabo una trastada que denotaban esos jóvenes rostros congestionados, pero que mostraban una severa serenidad.

“Colgarla con cadenas arriba de un fuego lento”, dijo uno de los chicos. Era evidente que había estado leyendo la historia inglesa.

“Tirarla allá abajo para que los cerdos se la coman todita, menos las palmas de las manos”, dijo el otro chico. También era evidente que habían estudiado la historia bíblica.

La última propuesta fue la que más alarmó a Octavian, ya que podría ejecutarse de inmediato, recordó casos de cerdos que habían devorado bebes.

“Ustedes seguramente no podrán tratar a mi pobre Olivia de esa manera?” – suplico “Tú mataste a nuestro pobre gatito”, se produjo en severo recordatorio proveniente de las tres gargantas.

“Lamento mucho haberlo hecho”, dijo Octavian, y si hay una escala para medir las verdades, la afirmación de Octavian era sin duda un gran nueve.

“Nosotros también vamos a lamentarlo mucho, cuando matemos a Olivia, pero no podemos lamentarnos hasta que no lo hayamos hecho”, dijo la niña.

La inexorable lógica infantil se levantó como una muralla inquebrantable ante los ruegos de Octavian. Antes de que pudiera pensar en una nueva suplica, sus energías fueron requeridas en otra dirección. Olivia se había deslizado desde el techo y cayó suavemente en un cenagal de lodo y paja en descomposición. Octavian escalo apresuradamente por encima del muro de la pocilga a su rescate, y una vez se dentro se encontró con un lodazal que envolvió a sus pies. Olivia, después de la primera sensación de sorpresa tras la caída, se había sentido medianamente a gusto de encontrarse en contacto con el pegajoso elemento que estaba a su alrededor, pero cuando ella comenzó a hundirse lentamente en el lodo se sintió súbitamente angustiada y poco feliz, y se echó a llorar. Cómo cuando un niño quiere atención. Octavian, luchaba contra el lodo, que parecía haber aprendido el arte de apresar, parecía que no cedía ni una pulgada que lo dejara avanzar, Octavian vio a su hija desaparecer por el lodo que la chupaba lentamente. Con la cara distorsionada ante la desesperación, lloriqueaba mientras miraba que desde el techo de la pocilga los tres niños miraban hacia abajo con una mirada fría e indiferente, tan despiadada como la de las hermanas Parcas.

“No puedo llegare a ella a tiempo”, exclamó Octavian, “Se ahogará en el fango.

¿Acaso no la van a ayudar?”

“Nadie ayudó a nuestro gato”, fue el recordatorio de lo inevitable.

“Haré cualquier cosa para demostrarles cuánto lo siento”, exclamó Octavian, con un desesperado paso, que le llevó apenas dos pulgadas hacia delante.

“Te Pondrás junto a la de la tumba del gato, vestido con una sábana blanca”.

“Sí”, gritó Octavian.

“¿con una vela en la mano?” “¿Y diciendo soy una bestia repugnante?”

Octavian dijo que sí a ambas sugerencias.

“¿Durante mucho tiempo, mucho tiempo?”

“Durante media hora”, dijo Octavian. Había un tono ansioso en su voz al mencionar el límite de tiempo. ¿No existía el antecedente de un rey alemán que hizo al aire libre penitencia por varios días y noches en época de Navidad vestido sólo con su camisa? Afortunadamente los niños no parecen haber leído la historia de Alemania, y media hora les pareció mucho tiempo. “Muy bien”, llegó la triple aceptación desde la azotea, y un momento después una pequeña escalera de mano le fue entregada.

Octavian la apoyo contra el pequeño muro de la pocilga trepo sobre el rodeando el lodazal para colocar nuevamente la escalera en el lodo, deslizándose cuidadosamente a lo largo de sus peldaños, así pudo acortar la distancia que lo separaba de su hija, la visión era como el extracto de un naufragio. Después Octavian saco poco a poco a Olivia como un corcho que se reúsa a salir. Unos minutos más tarde estaba escuchando el testimonio de la niñera que, en sus experiencias previas, ante espectáculos mugrientos, se había desarrollado en escalas notablemente menores.

Esa misma noche, cuando el crepúsculo se profundizaba en la oscuridad Octavian tomó posesión de su cargo como penitente bajo el roble solitario, después de haber cubierto cuidadosamente su cuerpo desnudo. Estaba vestido con una camisa de céfiro, que en esta ocasión bien merecía su nombre. En una mano tenía la vela encendida y en la otra un reloj, en el cual parecía haber transmigrado el alma de un fontanero difunto. Una caja de cerillas yacía a sus pies a la cual recurría en frecuentes ocasiones, cuando la vela sucumbía ante la brisa de la noche. La mansión se alzaba inescrutable en la mediana distancia, pero Octavian estaba seguro de que tres pares de ojos solemnes le contemplaban. Por lo que cumplió su penitencia gritando “soy una bestia repugnante”.

Y a la mañana siguiente sus ojos se alegraron al encontrar una hoja de cuaderno, tirada junto al gran muro blanco, La hoja tenia escrito. “EX BESTIA”.